

dudable que Wellington se expresó en el mismo sentido cuando, á la una del día, se avistó con Blucher en el molino de viento que había en la colina de Bry, al Norte de Ligny. Hablando de esta entrevista dice Clausewitz: «El duque dijo al feld-mariscal que su ejército se estaba reuniendo en aquellos momentos en Quatrebras y que por lo mismo dentro de pocas horas podría acudir á su auxilio. *A las cuatro estaré aquí*, tales fueron las palabras que dijo mientras daba espuelas al caballo (1).» Firmemente confiado en esta promesa, confirmada por los datos escritos acerca del momento de reunion de las partes de su ejército mas bien que por las palabras de Wellington, imposibles hoy día de descubrir, decidió Blucher á atacar con 80,000 hombres al grueso del ejército enemigo, cuyas fuerzas se calculaban en 130,000. Por eso se trabó en Ligny una batalla funesta para los prusianos pero que dió al duque de Wellington la seguridad de que no sería atacado en Nivelles y de que, en el caso de serlo en Quatrebras, no tendría que habérselas con fuerzas superiores.

Lo que se conoce con el nombre de batalla de Ligny fué una lucha encarnizada que se trabó en las aldeas y que, comenzando á las tres de la tarde por el ataque de los franceses contra la aldea de Saint-Amand, terminó entrada ya la noche con la retirada de los prusianos de la de Ligny. En esta última, cuyas casas están construidas las unas muy junto á las otras, sostúvose por espacio de cinco horas, en medio de las descargas de doscientas piezas de artillería y de la llegada de tropas de refuerzo por ambas partes, un combate terrible casi cuerpo á cuerpo que terminó con la derrota de los prusianos cuando éstos vieron que no llegaban ni Bulow por el Este ni Wellington por el Oeste y cuando el enemigo, con fuerzas muy superiores, ejecutó una brillante maniobra. Las masas de infantería prusiana que hasta entonces habían estado de reserva detrás de Ligny se vieron de repente atacadas de flanco por la infantería francesa, que había dado la vuelta á la aldea, y además por la espalda por los coraceros enemigos: ante tan furiosa acometida y rotas sus filas, hubieron de emprender la retirada cuando la caballería prusiana situada detrás de ellas fué tambien rechazada por las masas de los jinetes franceses (2). Durante este combate de caballería, tuvo Blucher la desgracia de que su magnífico caballo blanco inglés cayera al suelo en mitad de su carrera, mortalmente herido en un ojo, arrastrando en su caída á su jinete. «¡Nostitz, soy perdido!» exclamó Blucher al caer dirigiéndose á su fiel ayudante, pero éste echó inmediatamente pié á tierra y, sacando sus pistolas, se puso al lado del feld-mariscal, que yacia en el suelo debajo de su exánime caballo, resuelto á no moverse de allí sucediera lo que sucediera. Los jinetes prusianos se habían dispersado y los coraceros franceses que los perseguían se habían alejado; en medio de este tumulto, Blucher y Nostitz no habían sido vistos ni molestados y cuando los hulanos de Lutzow avanzaron nuevamente, un sargento llamado Schneider sacó al feld-mariscal de debajo del caballo y haciéndole montar en el suyo le puso en salvo cuando la caballería enemiga volvía precisamente á la carga (3).

El feld-mariscal había desaparecido, y no pudiendo nadie dar razon de dónde estaba, Gneisenau, su jefe de Estado Mayor, adoptó una resolución en la que no se había pensado, por la sencilla razon de que en la batalla toda, absolutamente todo, había sucedido al revés de lo que en un principio se había dispuesto.

(1) *Obras póstumas*, tomo VIII, pág. 67. Mas detalles en Lehman, en la *Revista histórica*, 38 (1877), pág. 282.

(2) Véase la descripción de la batalla por Gneisenau, Pertz-Delbrück, tomo IV, págs. 703-704.

(3) Nostitz: *Diario*, tomo II, págs. 29-30.

Gneisenau, con el mapa en la mano, se detuvo en la colina de Bry cuando llegaron de todas partes los oficiales de Estado Mayor para preguntar por dónde había de efectuarse la retirada. ¿Había de hacerse por la vía romana retrocediendo por Gembloux hácia el Mosa y el Rhin y tomando la dirección que ya habían emprendido en cierto modo las distintas partes del ejército y que aseguraba toda clase de recursos? En caso negativo, ¿por dónde debía efectuarse? «Debemos conservar la comunicacion con los ingleses» dijo Gneisenau; y esta orden quería decir: «¡Hácia el Norte, hácia Tilly y Wavre!» Aquella misma noche, el primero y segundo cuerpos marchaban desde Bry á Mont-Saint-Guibert, atravesando á Tilly, y á la mañana siguiente el tercero y el cuarto, que á todo esto había llegado, se dirigían desde Gembloux á Wavre. Los cuatro cuerpos se encaminaron por atajos hácia el Norte evitando de esta suerte la persecucion del enemigo, que los buscaba en el Este, y asegurando con ello la comunicacion con Wellington y la reunion de todos para la batalla decisiva (4). «Esta determinacion fué heroica y la historia de la guerra no puede presentar ningun ejemplo de un ejército derrotado que haya cambiado con menos pérdidas y con mas orden su línea de retirada (5).»

Por la noche, Blucher y Nostitz se reunieron con Gneisenau y con Grolman en la aldea de Mellery, situada al Norte de Tilly. El anciano Blucher sentía todo el cuerpo dolorido á consecuencia de la grave caída que había sufrido y de la impresion, mas grave aun, que había recibido; pero aquella alma heroica, despues de algunas horas de reparador sueño, sacudió de su mente, cual si se tratara de una pesadilla, todas las ideas que le recordaban sus dolores corporales. El día 17, estando en Wavre, las noticias que casi á cada hora recibía dieron á Blucher la seguridad de que el éxito mas brillante había coronado la marcha hácia la derecha emprendida por todo el ejército: por la tarde entró en Wavre Thielman con la mayor parte de su cuerpo; por la noche, Bulow llegó hasta muy cerca de allí y en la mañana del 18 Wellington envió á decir á Blucher que estaba decidido á aceptar la batalla delante del bosque de Soigne con solo que él le apoyara con dos cuerpos. El anciano feld-mariscal escribió, á las diez de la mañana, al general Muffling: «Suplico á vuestra ilustrísima que diga al duque de Wellington que, aunque estoy muy enfermo, me pondré al frente de mis tropas para atacar el ala derecha del enemigo en cuanto Napoleón intente algo contra el duque. Si transurre el día de hoy sin que el enemigo nos ataque, opino que mañana debemos atacar nosotros unidos al ejército francés. Encargo á vuestra ilustrísima que comunique al duque esto, que es resultado de mi mas firme convencimiento, y que le haga presente que considero esta proposicion como la mejor y mas conveniente á nuestra situacion actual.» En el plan que en estas líneas trazaba Blucher tratábase, no solo de él sino muy principalmente de Wellington. Gneisenau no creyó supérfluo que se escribiera por el mismo correo al general Muffling encargándole que mirara bien si el duque tenía realmente el propósito firme de pelear en la posicion que ocupaba ó si quería simplemente hacer algunas demostraciones que necesariamente habian de ser funestas para el ejército prusiano (6). Cuando en el cuartel general prusiano se adoptó y notificó esta resolución magna, no podia haber la menor duda de que Napoleón, enterado de la verdadera dirección que en la retirada se había seguido, enviaba en persecucion de los prusianos

(4) Véase Forster, tomo V, pág. 877.

(5) *Historia de la campaña de 1815*, por Damitz (1837), tomo I, página 179. El autor dice que la principal fuente á que ha acudido son los informes del general Grolman.

(6) Nostitz: *Diario*, tomo II, págs. 36-37.

todo un cuerpo de ejército, el del general Grouchy. Blucher detrás de sí tenía 35,000 enemigos y delante el desfiladero de Saint-Lambert, de media hora de longitud, y á la salida del mismo un torrente y un bosque, que el enemigo podia, cuando quisiera, ocupar y obstruir. Aun en el caso de que se vencieran todos estos peligros, quedaba siempre en pié la cuestion capital de si el ejército inglés tendría fuerza y resistencia bastantes para sostener la lucha durante el tiempo que tardaran los prusianos en entrar en combate. En una palabra, necesitábase toda la audacia que hacia de aquellos guerreros verdaderos héroes para, en tal situacion, cercados por tantos peligros y sin detenerse para tomar algun descanso, operar como allí se operó, como si se tratara de una cosa sumamente natural. En aquella ocasion Wellington no defraudó las esperanzas de sus aliados.

En las mismas horas de la tarde del 16 de junio en que Blucher comenzaba la lucha en Ligny, el mariscal Ney atacaba con 11,000 hombres las posiciones de Wellington en Quatrebras. Este ataque hubiera podido ser rechazado despues de corta lucha si Wellington hubiese tenido concentrado en este punto todo su ejército ó por lo menos cincuenta ó sesenta mil hombres, como había manifestado á Blucher. En vez de esto, tenía únicamente allí los 7,000 hombres de la division flamenca de Perponch, que fué aumentando hasta veinte mil combatientes por la llegada lenta del cuerpo de reserva, mientras Ney reforzaba tambien sus tropas hasta hacerlas alcanzar una cifra igual. Despues de una lucha en extremo sangrienta, en la que murió como un héroe el duque de Brunswick al frente de sus valientes soldados, logró conservar á Quatrebras, quedando así asegurada la expedida retirada hácia el Norte; pero no era esto lo que Wellington había prometido á Blucher. Cuando Wellington tuvo noticia, en la mañana del 17, de la retirada de éste hácia Wavre, retiróse tambien con su ejército á las posiciones de Mont-Saint-Jean, al Sur del bosque de Soigne, en el que estaba situada Waterloo y detrás del cual se extendía Bruselas: allí tenía el duque delante de sí un magnífico campo de batalla y á su derecha el camino por donde marchaba Blucher. De los 105,950 hombres que originariamente componían su ejército (1) solo le quedaban en 18 de junio 68,000 á consecuencia de las pérdidas sufridas en la jornada del 16 y de haber dejado en Hal una division de 19,000 hombres.

El campo de batalla era un ancho valle situado entre dos líneas de montañas que se extendían casi paralelas desde el Oeste hácia el Nordeste, cruzando el camino de Bruselas, y cerrado por espesos bosques que formaban verdaderas vallas. Wellington se había situado en la cordillera septentrional, en Mont-Saint-Jean, y Napoleón se encontraba en la meridional, entre Belle-Alliance y Rossomme: delante de las posiciones de los ingleses se alzaban baluartes naturales de gran importan-

(1) Segun los datos auténticos del coronel Siborne, componíase de los nueve contingentes siguientes:

1. Ejército de campaña inglés.. . . .	33,709	hombres
2. Batallones ingleses de guarnicion.. . . .	2,017	»
3. Legion alemana.	6,387	»
4. Hannoverianos (distribuidos en las divisiones inglesas).	15,935	»
5. Hannoverianos que llegaron despues.. . . .	9,000	»
6. Contingente de Brunswick.	6,808	»
7. Contingente de Nassau.	2,880	»
8. Tropas holandesas y belgas.. . . .	24,914	»
9. Tropas de Nassau al servicio de Holanda.	4,300	»
	105,950	hombres

Los contingentes números 2 y 5 no eran considerados como muy buenos para la lucha, y los 7, 8 y 9 no inspiraban confianza. Véase Chesney: *Lecturas de Waterloo. Estudios para la campaña de 1815*, edicion alemana, Berlin, 1869, págs. 51-52.

cia, tales como al Oeste el castillo de Hougomont, residencia de los antiguos señores de la comarca, compuesta del edificio habitable de sólida construccion y con capilla y torres, y rodeado de casas de labranza, cuadras y jardines; en el centro la gran alquería de La Haye-Sainte, situada en la orilla del camino militar, y al Este, á la salida del valle y delante del citado bosque, la aldea de Smohain (Smouhen) y el castillo de Frichermont, que venia á ser en la parte oriental lo que el castillo de Hougomont en la occidental (2).

Sin los 35,000 hombres de Grouchy, que se encontraban en Gembloux y que el 18 fueron enviados á Wavre, Napoleón tenía en Belle-Alliance únicamente 72,000 hombres, es decir, un ejército poco superior en número al de Wellington, pero de superioridad indiscutible desde el punto de vista de las condiciones militares, pues que no había en él reclutas, ni milicias, ni soldados extranjeros, sino que se componía de tropas escogidas, de veteranos franceses que mostraban en el fuego una inquebrantable resistencia y estaban dominados por el fanático arrojo que les comunicaba el remordimiento de su perjurio. En cambio, á Wellington mas de la tercera parte de sus tropas le merecia muy poca ó ninguna confianza.

El ejército de Napoleón avanzó dividido en once poderosas columnas, de las cuales cuatro formaban la primera línea de batalla, cuatro la segunda y tres la tercera. El movimiento de avance, que comenzó á las nueve y terminó á las diez y media, se hizo entre los redobles de los tambores y el estrépito de las trompetas. «Las músicas dejaron oír las tocatas que recordaban á los soldados las cien victorias conquistadas. La tierra parecia orgullosa de sentirse pisada por tantos héroes. El espectáculo era magnífico, y el ejército aliado, de tal manera situado que podia verlo todo hasta el último hombre, se sintió conmovido y debió de parecerle su contrario doblemente numeroso de lo que era en realidad.» Con estas palabras (3) indica el mismo Napoleón el efecto que le produjo aquella grandiosa parada: él y sus pretorianos se embriagaban por última vez con un espectáculo que necesariamente habia de fomentar en ellos el sentimiento de la victoria y de la superioridad. Cuando terminado el avance recorrió Napoleón las filas de sus soldados, fué saludado por un ¡viva el emperador! lanzado por millares de voces. La infantería agitaba sus morriones, puestos en las puntas de las bayonetas, y la caballería sus cascos, colocados en las puntas de los sables. «La victoria les parecia segura.»

Al mediodía comenzó Napoleón el combate. El cuerpo de Reille atacó el castillo de Hougomont, donde se encontraba el ala derecha de Wellington; los guardias ingleses, con los contingentes de Brunswick y de Hannover, defendieron sus puestos con tanta tenacidad que Reille tuvo que hacer entrar en la lucha, una tras otra, sus tres divisiones: de modo que lo que en un principio era quizás un ataque simulado se convirtió poco á poco en una batalla secundaria que con encarnizamiento sin igual se prolongó hasta el anochecer, apoderándose los franceses de los huertos y jardines, pero no de los edificios, delante de los cuales se estrellaron todos sus ataques.

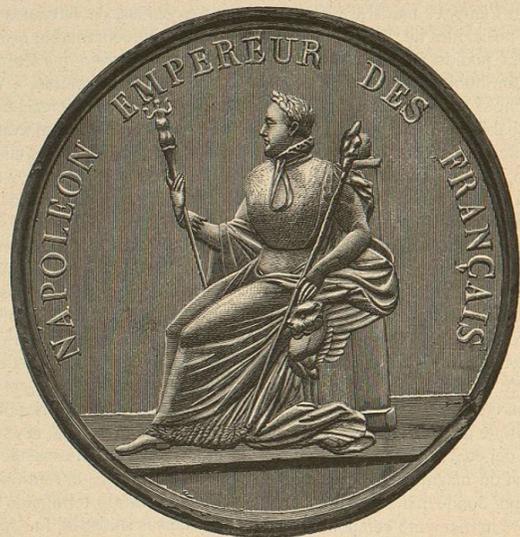
Entretanto, el mariscal Ney había preparado el ataque principal en el centro, y en el momento mismo en que hizo decir al emperador que estaba dispuesto y esperaba solo la señal, Napoleón, al dirigir una última mirada por el campo de batalla, descubrió á la derecha, hácia el Nordeste, por encima del blanco campanario de Saint-Lambert, una nube que se movía y que se asemejaba á un ejército en marcha. «Mariscal, — dijo á su mayor general, — ¿qué veis sobre Saint-Lam-

(2) Quinet: *Histoire de la campagne de 1815*, pág. 195.

(3) *Corresp.*, XXXI, pág. 186.

bert? - Creo que hay allí 5 ó 6,000 hombres, que serán probablemente un destacamento de Grouchy. » Todos los anteojos del Estado Mayor fueron dirigidos hácia aquel punto: unos creían que aquello no eran tropas, sino árboles; otros opinaban que eran columnas que estaban paradas; otros, finalmente, que eran tropas en marcha, y mientras discurrían sobre ello vino á sacarles de su perplejidad un húsar negro prusiano que habia sido hecho prisionero y á quien Bulow enviaba á Wellington para anunciarle su llegada. Aquellas tropas eran la vanguardia de los prusianos, que venían de Wavre, donde, según dijo el húsar, habían pernoctado los otros tres cuerpos sin encontrar un solo soldado francés (1). Profundamente afectado por esta noticia, Napoleón hizo escribir á la una de la tarde á Grouchy, que se encontraba en Gembloux: «Una carta que acaba de ser interceptada dice

que el general Bulow va á atacar nuestros flancos: creemos divisar á este cuerpo en las alturas de Saint-Lambert. No perdais, pues, un momento en aproximarnos y uniros á nosotros, aniquilando á Bulow, á quien encontrareis *in fraganti* (2).» A las dos recibió Ney la orden de hacer entrar en el ataque al cuerpo de Erlon, que no habia combatido en Ligny, sucediendo entonces una cosa muy extraña, y fué que la orden «en columna por division» fué entendida en el sentido de que cada division habia de formar una sola columna de ataque, y en su consecuencia los batallones de cada division avanzaron en marcha cerrada, á cinco pasos únicamente unos de otros, formando falanges apretadas que se embarazaban mutuamente y que presentaban un blanco magnífico al enemigo (3). Las cuatro divisiones llegaron al pié de las alturas que ocupaban los ingleses, avanzaron por el desfiladero que



Sello del emperador Napoleón, usado durante los Cien días (1815).
De una copia existente en el Museo Británico, de Londres.

se extendía detrás de las posiciones de éstos y se encontraron por fin entre dos fuegos, que las diezmaron y obligaron á retirarse precipitadamente, y cuando desembocaron en la llanura fueron completamente derrotadas por los dragones de Sommerset y de Ponsonby, que las atacaron con inusitada furia.

Para dar un nuevo asalto á las alturas necesitábase infantería y ésta solo hubiera podido proporcionarla el cuerpo de Lobau, pues que Napoleón no podía jugar á las cuatro de la tarde su última carta, es decir, la guardia; pero el cuerpo de Lobau con sus dos divisiones de infantería habia sido enviado contra Bulow y no era posible distraerlo de allí. De suerte que el mariscal Ney no tuvo mas remedio que dedicar, como lo hizo, toda la caballería á dar asaltos sobre asaltos. Dos veces consecutivas asaltó Ney las alturas detrás de las cuales se encontraba el centro de Wellington: la primera con cuarenta escuadrones de coraceros, caballería ligera, lanceros y cazadores, y la segunda con el resto de estas fuerzas y con otros treinta y siete escuadrones de refresco; pero el resultado fué siempre el mismo. Al llegar á las cimas de las alturas, aquellos arrojados jinetes vieron las llanuras que se extendían

(1) *Corresp.*, XXXI, pág. 189.

á derecha é izquierda del camino cubiertas de cuadros cerrados, en los cuales ingleses, escoceses, irlandeses, hannoverianos, brunswickeses, gentes de Nassau y batallones de la legion alemana les esperaban á pié firme, los dejaban acercarse hasta treinta pasos y cuando les tenían á esta distancia les hacían retroceder ante un mortífero fuego de fusilería y de artillería de campaña. Las ventajas que se conseguían no podían ser conservadas por falta de infantería; así es que las dos veces el ataque terminó con una retirada y grandes pérdidas. A las seis, es decir, á la misma hora en que la caballería quedaba imposibilitada para el ataque, Napoleón puso en movimiento doce batallones de su última reserva, la guardia, para recuperar la aldea de Plancenoit, que cubría su línea de reti-

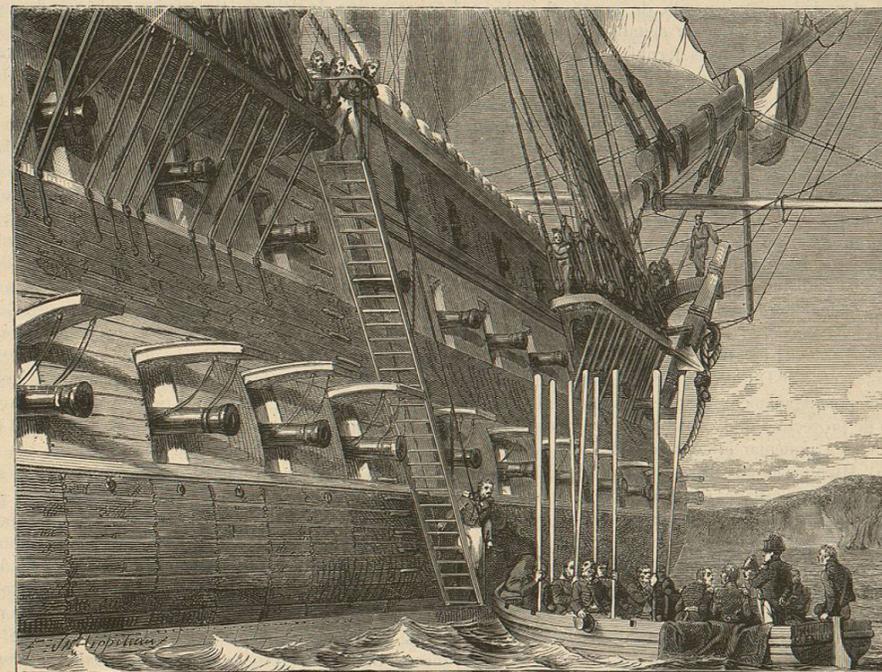
(2) La orden íntegra se encuentra en Clausewitz, pág. 148, y estaba fechada «Desde el campo de batalla de Waterloo (1), el 18, á la una de la tarde.» De suerte que no es exacto que, como dice Napoleón (*Correspondencia*, XXXI, pág. 189), se hubiese ya expedido esta orden á las once de la mañana. T. de Bernhardt dice sobre esto en su *Historia de Rusia* (1863), tomo I, pág. 306: «Finalmente, hemos de preguntarnos con extrañeza si Napoleón tuvo realmente en cuenta que la orden entonces expedida no habia de llegar á manos de Grouchy hasta seis horas despues, y que este mariscal no habia de trasladarse al campo de batalla por arte de magia en virtud de aquella orden.»

(3) Bernhardt, pág. 317. Quinet, pág. 414. Forster, págs. 943-957.

rada y que habia caído en poder de los prusianos de Bulow. Hecho esto, y creyendo que una vez conseguido nada habia que temer por aquel lado, juntó sus últimos doce batallones de la guardia con los restos de los cuerpos de Erlon y de Reille para dar con ellos un último y desesperado ataque contra el ejército de Wellington, que ocupaba posiciones formidables; pero en aquel mismo momento la desgracia se cebó en su derecha y en su retaguardia.

A la misma hora de la mañana del 17 de junio en que Napoleón hacia escribir á Ney: «El ejército prusiano está en dispersion; el general Pajol lo persigue por el camino que conduce á Namur y á Lutich (1).» Blucher se encontraba en Wavre perfectamente preparado para la batalla decisiva

y decía á sus soldados en una fogosa orden del día: «Nuevamente os llevaré adelante; derrotaremos al enemigo porque hemos de derrotarle (2).» Napoleón no sospechaba cuánta fuerza infundía en aquel ejército, mandado por tal general, el sentimiento del deber, y ni siquiera dió toda la importancia que merecía á la noticia de que los prusianos, en vez de huir hácia Namur, avanzaban para reunirse con Wellington. Según expresion propia de Napoleón, contra Wellington habia creído necesario enviar algunas fuerzas por la razon de que no habia combatido en Ligny; pero respecto de los que en este punto habian sido derrotados creía que bastaba que los atacara por retaguardia la division de Grouchy, pues no suponía que Blucher, que ya tenia que habérselas con él



Embarque de Napoleón á bordo del navío inglés *Bellerophon*.

contestara á la demanda de auxilio de Thielmann, que se veía atacado en Wavre por Grouchy, diciéndole: «La lucha decisiva está delante, y no detrás de nosotros,» y siguiera avanzando como si tal Grouchy no hubiese existido.

A la ciega creencia en que estaba Napoleón de que nada serio tenia que temer de un ejército que dos dias antes habia sido por él derrotado, debió Blucher el no encontrar un solo destacamento enemigo durante su marcha desde Wavre y por el Dyle hácia el Lasnebach y los bosques situados detrás de este torrente que cerraban por el Este el campo de batalla. Libres estaban el desfiladero de Saint-Lambert, el paso del torrente y el bosque de Frichermont, que se extendía detrás de éste y que ni siquiera estaba vigilado, cosa que el Estado Mayor de Blucher no quiso creer hasta que los prusianos hubieron ocupado toda la selva sin haber encontrado un solo francés (3). Desde el bosque de Frichermont dirigió

(1) Las órdenes de Napoleón á Ney y á Grouchy están insertas en Quinet, pág. 143.

(2) Forster, tomo V, pág. 889.

(3) Nostitz, *Diario*, tomo II, pág. 39.

Blucher el ataque y la intervencion de los prusianos en el combate (despues se situó en Plancenoit). Mientras Bulow luchaba por ocupar esta aldea desde las posiciones meridionales de Frichermont, Zieten desde el Norte y por Ohain sostenía una última lucha y se juntaba, precisamente en el momento decisivo, con el ala derecha de Wellington.

Eran las siete de la tarde; del ejército de Wellington no quedaba mas que un esqueleto, pues las tres armas habian sufrido terribles pérdidas. Muchas piezas carecian de dotaciones que las sirvieran; muchos batallones habian quedado reducidos á un puñado de hombres mandados por un teniente ó por un sargento primero. Las brigadas inglesas y alemanas habian perdido la mitad de sus hombres, y los restos de la caballería de Ponsonby y de Sommerset apenas bastaban para formar dos escuadrones. Tal es la descripción que hace el coronel inglés Siborne de aquella situación, en la cual Wellington decía: «Nuestro plan es sencillo: ó los prusianos ó la noche (4);» es decir, resistir mientras quedara un solo

(4) Pertz-Delbruck: *Gneisenau*, tomo IV, págs. 412-413.